

UN BESO A LA LUNA

Diana se muere. Parece que sus días se agotan, van acabando como flores en invierno. Y cuando ella desaparezca, tal vez el pueblo exhale su penúltimo aliento...

Aquí llegó por los años sesenta, dicen los viejos. Aquí se asentó como maestra en el colegio. No tuvo hijos. No se le conoció pareja, aunque muchos la pretendieron. Nadie sabía de dónde era ni conocía a su familia. Su bello rostro ocultaba un hálito sereno de tristeza. Nunca dijo a nadie su origen. Cuando yo le preguntaba, insistentemente, ella siempre me contestaba:

- ¡Pues de aquí, como tú, pequeña; este es mi pueblo, esta es mi tierra!

Cuando yo la conocí ya estaba jubilada. Pero nunca dejó de enseñar. Tenía el don de la dulzura, de la sonrisa amable para todos, de la serena calma para los mayores y el puro fuego para los más jóvenes. Sus radiantes ojos te miraban y te curaban las heridas del alma o del corazón, te penetraban hasta lo más profundo de tu espíritu. Pero el auténtico resplandor de Diana era la palabra. Siempre tenía un simple verbo para todos y para cada ocasión. Era un don sobrenatural que apaciguaba el corazón herido, saetas que herían los males y sanaban los sufrimientos.

Recuerdo cuando murió el hijo de Juana, la farmacéutica, por unas fiebres malignas. Nada pudieron hacer sus medicinas. ¡Cómo lloraba desconsolada! Nadie se atrevía a romper su estremecedor gemido con palabras, tan solo la miraban y compartían su amargura, y rezaban, y lloraban con ella. Diana llegó a la casa. Besó despacio al niño en la frente y se acercó a su madre. Un ensordecedor silencio inundó como un diluvio la casa. Los ojos de todos estaban clavados en su figura esbelta. Sus labios susurraron una pequeña palabra al oído y besaron su mejilla rasgada de lágrimas secas. Nadie oyó nada. Juana alzó los ojos al cielo, cerrados en una oración muy silenciosa, se levantó despacio y su rostro se iluminó de repente. La amargura se volvió paz en un instante. Los desgarros del dolor se tornaron en remansos de esperanza cuando la madre se acercó al cuerpo inerte del pequeño. Lo acarició y lo besó, y después se acurrucó junto a su esposo. Parecía como si cantara una nana...

Diana sabía escuchar, sabía mirar, sabía reír y sabía llorar. Pero, sobre todo, sabía decir a cada uno la palabra precisa, la que necesitaba en ese momento. El bistruf de sus alientos cercenaba las cicatrices de nuestra esencia.

Y ahora se va. Para siempre.

Hoy no sé qué hacer. Ella ha sido para mí como un candelero. Tenía yo 10 años cuando mi espíritu se unió al suyo como hierro fundido. Fue mi maestra y yo su discípula. Cada tarde mis pasos me llevaban a su casa. La ayudaba en sus quehaceres. La acompañaba en sus visitas. A mí nunca me dijo nada especial. Cuando le pregunté si debía casarme con Luis, ella se limitó a describirme una tarta que probó en una boda a la que fue invitada.

- No sabes lo buena que estaba. ¡Jamás he probado nada igual! Y la hicieron aquí, en el pueblo...

La gente decía que era santa. Y ella se ofendía: "Preguntadle a D. César, preguntadle...", contestaba. D. Cesar era el párroco desde los 90 y se limitaba a decir: "Bueno, bueno... ¿la habéis visto por la iglesia?" Yo creo que él la estuvo esperando siempre, pues, a pesar de todo, también estaba inundado por su resplandor.

He llegado a su casa. Muchos están en la sala de estar. Comentan en voz baja. Aquí, en el pueblo, se acompaña a los moribundos, sobre todo a los que están solos, para que el tránsito no sea más doloroso. Se les ve tristes y preocupados. Oran en silencio. ¿Qué pasará cuando la vela se apague? D. César sale de su habitación. Su rostro muestra una tenue sonrisa de paz, pero el vapor de las lágrimas empaña sus gafas. Con voz entrecortada, me susurra:

- Entra. Te está esperando. – y me guiña un ojo.

Abro la puerta despacio, temblorosa. No sé qué decir. No sé qué hacer. Yo no tengo su don...

Está mirando a la ventana, al cielo oscuro de la noche. Vuelve su rostro hacia mí y me sonrío.

- Ven, pequeña, mira. Creí que ya no vendrías. No tengas miedo...

Me acerco y miro al cielo.

- ¿Ves? Ahí está el lucero. Sí, sí, ya sé que es Venus... Pero míralo. Siempre está intentando darle un beso a la luna. Y ella, tan orgullosa, lo mira desde lejos, y no se deja...

No sé si brilla más el lucero o la luna.

- Quiero contarte algo. Que sólo tú lo sepas. Sé que me voy y lo quiero compartir contigo. ¡Tantas veces me has preguntado...!

Agarro su mano. Está áspera y fría. Un sollozo se ahoga en mi garganta.

- Yo nací en el norte, en 1932. Creo que era un pueblo de Vitoria. Tengo pocos recuerdos de mis padres y de mi gente. Cuando tenía 6 años me subieron a un tren junto a muchos otros niños. Quizás ese sea el recuerdo más vivo que me quede de mi madre. Se me desgarró el corazón cuando el tren partía y ella lloraba. Hasta que la perdí de vista. Nunca más volví a verla. Después nos montaron en un barco y estuvimos muchos días de travesía. Fue muy duro. Nos llevaron a Rusia, a una ciudad fría y árida, Leningrado, en lo que llamaban "casa de niños". Fue un tiempo bueno. Allí nos enseñaban, teníamos profesores españoles y nos daban bien de comer. Estuvimos bien unos años. Yo no sabía por qué estaba allí. Nos decían que íbamos huyendo de una cruel guerra en nuestro país. Tan solo cuatro años después, otra guerra sacudió aquel país. Parecía como si estuviéramos destinados a ser testigos de ese infierno. Nos llevaron a los Urales. El frío era inmenso y muchos de mis amigos murieron por las enfermedades, el hambre y la horrible temperatura. Yo tuve la fortuna de que me acogiera una familia de campesinos. Allí me daban de comer, me cuidaban y trabajaba para ayudar en la casa. Fueron tiempos muy duros. Apenas comprendía por qué me pasaba aquello, por qué estaba allí, cuál había sido mi pecado. Cada noche miraba al cielo y veía el

lucero y la luna. Y pensaba que yo era esa estrella tratando de llegar hasta ella, enorme, soberbia, preciosa..., y pedirle explicaciones. Pero nunca llegaba a alcanzarla... No entendía el sufrimiento de tantos inocentes. Y soñaba con mi madre. La veía alejándose en el andén y haciéndose pequeña, una y otra vez. Allí viví muchos años. Allí aprendí a escuchar. A veces nos llevaban a reuniones del Partido. Nos enseñaron también a odiar...

Vuelve a mirar a la ventana. Se queda un buen rato observando la danza eterna de Venus y la Luna. Me pide un sorbo de agua y continúa con su relato.

- Algunas de mis amigas no tuvieron tanta suerte como yo: unas murieron; otras estuvieron en casas de acogida donde acabaron como prostitutas... En aquel tiempo, yo estudiaba unos libros que conseguía en una vieja biblioteca de la ciudad donde vivíamos. Tuve algunos novios. A todos los perdí. Y hasta algo más... - noto que su mano se estremece y que una lágrima cruza su mejilla -. Un buen día, un señor nos dijo que podíamos volver a España. De los que quedábamos, muchos se habían establecido allí y se quedaron a vivir. Yo lo tuve claro: quería volver a mi tierra. Así que cogí aquel barco y me dispuse a regresar. Sabía que mi familia había muerto en la guerra y que no tenía a nadie, pero no me importaba. Había algo que me llamaba con fuerza a volver.

Su pecho se agita, respira fatigosamente. Empiezo a asustarme. Sus cálidos y cansados ojos reflejan una paz que a mí me falta.

- Un día de primavera regresé. Me atendieron muy bien. Me dieron los papeles oportunos y me preparé para estudiar. Quería ser maestra. Pero me encontré con un problema: no podía hablar. Me faltaba la palabra. Cuando me preguntaban, mi boca se cerraba y era incapaz de producir sonido alguno. Mi introversión era patológica. Venía buscando respuestas y lo que encontré fue el silencio. Los demás achacaban mi neura al sufrimiento, a la pérdida, a cuanto había vivido. "¡Pobrecita! ¡Si es que ha pasado por mucho! ¡Cómo va a estar...!" Y yo callaba y sufría... Cada noche miraba al cielo y veía la luna. Y la odiaba. Tan orgullosa, tan lejana, tan apartada de mí... Sentía que Dios me había abandonado toda mi vida y yo no había dejado de buscarlo... - suspira.
- Todo cambió una noche. Una de mis vecinas se puso de parto y la cosa se complicó. Por primera vez en mi vida, mirando a la luna, rogué a Dios por ella y su pequeño... y también que me ayudara a mí. De repente, algo en mi interior me empujó hacia su lado. Entré en su casa, y mi boca susurró palabras inefables que ni siquiera yo comprendía. Ella me miró, me sonrió y comenzó el parto. Dio a luz a un precioso bebé... y, agotada y serena, se durmió para siempre.

Su cuerpo vuelve a estremecerse y contraerse. La vela se apaga...

- A partir de ahí todo fue fácil. Me examiné para ser maestra. En la prueba oral estuve genial. Y me dispuse a partir hacia algún sitio donde nadie me conociera. Quería empezar de nuevo. Así llegué hasta aquí...

En este momento, se incorpora, coge mis manos y, por primera vez, me da "su" palabra.

- Mira otra vez al cielo... ¿Ves la luna? Yo estaba equivocada. No es Dios. Esa luna soy yo, orgullosa, egoísta, enojada... Y él es el lucero que cada noche viene a verme, que siempre me ha estado buscando... - levanta la cabeza, buscando aire para terminar...
- Pensabas qué iba a ser de ti ahora. No te angusties, pequeña. Tú debes continuar. - me aprieta, con sus casi extintas fuerzas, ambas manos con una ternura infinita.
- Pero... yo no tengo el don de la palabra - le digo, llorando amargamente.
- No importa, pequeña. El amor lo es todo. Ama sin límites. Esa es la clave. Busca en cada persona la estrella que tienen dentro. Y deja que se sientan amadas. Todo lo demás, vendrá...

Me abrazo a ella, gimiendo desconsoladamente. Siento que su aliento se agota. Y sus fuerzas se apagan para siempre. Diana se ha ido...

Con gran dolor en el pecho y la serena paz en el alma de quien se sabe amada, le cierro los ojos. Tiene una sonrisa tranquila en su rostro inerte.

Miro a la ventana, al cielo oscuro de la eterna noche...

... Y me parece ver que el lucero está besando, por fin, a la luna...

GLADIATOR